

*Comentarios sobre la restauración de la
Plaza de España de Sevilla*

Esta Real Academia de Bellas Artes, desde hace unos años, emite sus opiniones sobre las obras que se realizan en Sevilla y su provincia intentando cumplimentar, de esa forma, una de sus obligaciones, como es la de proteger y tutelar las Bellas Artes en su ámbito de actuación.

Con ese criterio, hemos escrito en los últimos años análisis y comentarios sobre las obras que han desvirtuado, a veces, ciertos espacios del centro histórico de Sevilla, como las actuaciones en la Puerta de Jerez o en la Alameda de Hércules, así como sobre el tranvía que une el Prado con la Plaza Nueva, amén de varias otras obras que han dejado un extraño regusto en la opinión pública, es decir, en el pueblo sevillano.

Ahora le toca el turno a la Plaza de España, la obra insignia de la Exposición Ibero-Americana de 1.929.

Diseñada por el que fue Director y Arquitecto Jefe de dicha Exposición, Aníbal González, ha sido, y sigue siendo, un prodigio de concepto, realización y construcción en el que colaboraron los magníficos artesanos ceramistas de Triana así como legiones de pintores, escultores y herreros a los que Aníbal González supo extraer todo su arte y conocimientos aplicados a su magna obra.

Siempre recordará el autor de estas líneas que, hace ya bastantes años, en la Universidad de Varsovia y en una conferencia sobre la Sevilla histórica, los murmullos de admiración que despertaron las diapositivas sobre esta Plaza de España. Fue tal el éxito que, pocos años después, un grupo de Arquitectos e Ingenieros polacos y lituanos se desplazó a Sevilla a comprobar la realidad de aquellas diapositivas y, al mismo tiempo, contemplar los naranjos con sus frutos en las calles y al alcance de cualquier transeúnte en la primavera Sevillana. Volvieron a sus respectivos y fríos países de origen absolutamente admirados.

Hemos de manifestar que en aquella época la Plaza que comentamos estaba seriamente deteriorada. Los balaustres cerámicos estaban rotos casi en un 50%, Los peldaños de los puentes, llenos de melladuras; el canal o estanque perimetral estaba sucio y sin agua, los azulejos, pintados a mano, en la mayoría de las provincias, tenían sus aristas desportilladas, y así podríamos seguir con sus innumerables defectos, pero que viéndola con ojos como los que miran la Acrópolis de Atenas, seguía siendo magnífica por sus proporciones, colorido y diseño.

Años después, el deterioro fue algo tan impresionante que las fuerzas vivas sevillanas consiguieron obtener fondos para proceder a su restauración integral.

Que es la que vamos a comentar.

La principal causa de los deterioros había sido el diseño de los balaustres que envuelven la totalidad de la plaza. Estos, los balaustres, se conformaron como una especie de ánfora de tres piezas en forma de columnilla, la cual se llenó con mortero bastardo y se puso en su interior, como refuerzo, una armadura de hierro formada por redondos de no más de 4 o 5 milímetros de diámetro.

Así se mantuvo la balaustrada por espacio de unos 10 o 12 años, transcurridos los cuales, la humedad ambiente logró filtrarse por las juntas de los balaustres comenzando con la oxidación de sus armaduras interiores y ya, a finales de la guerra civil, aparecieron los primeros desperfectos en los mismos, los cuales se reparaban con los mismos criterios que los originales.

Todo ello, aparte de los actos vandálicos que, indudablemente, en aquella época también existían, aunque no con la virulencia actual, porque entonces, los guardas de Parques y Jardines municipales, con su sombrero de ala ancha, su chaquetilla cortijera y una bandolera de cuero con la placa ovalada de Parques y Jardines, imponían respeto y no había niño ni mozalbete que dañara los parques porque no eran capaces de enfrentarse con aquellos guardas, gruesos en su mayoría, y que no podían correr fácilmente. Pero, en aquel entonces, los uniformes daban mucho respeto. Hablamos del principio de los años cuarenta del siglo pasado.

Durante cuarenta años los deterioros crecieron en progresión geométrica hasta llegar al estado de hace unos quince años en los que estaba la Plaza de España alcanzando los niveles de la Acrópolis ateniense, antes de que los turcos convirtieran el Partenón en un polvorín.

Lo que no quiere decir que a lo largo de esos años no se hicieran reparaciones, sino que, las que se efectuaban, no eran definitivas, pues algunas veces, los balaustres que se reparaban, seguían los modelos originales y el daño

se repetía, llegándose, en algunos casos, a sustituir la balaustrada por piezas de mármol rojizo o, incluso, con elementos de hormigón prefabricado.

Las barcas de la ría se retiraron, e incluso, una lanchita a motor que llevaba a gente de pie, también desapareció.

La parte exterior de la plaza, labrada con el típico ladrillo amarillento de los barro andaluces se mantuvo con una cierta dignidad porque por sus puertas se accedía a las diversas oficinas municipales y estatales que se aposentaron en su interior, igualmente que la zona central donde se instaló Capitanía Militar. En la parte baja de las dos torres se situaron dependencias estatales como el Gobierno Civil y algún que otro departamento ministerial.

Esas zonas se han mantenido bien cuidadas dentro de lo que cabe esperar de algo estatal, y estimamos que los seguirán albergando durante bastante tiempo aún.

Y, tras estas consideraciones históricas, vamos a tratar de explicar lo que se ha efectuado recientemente y por su exterior

En cuanto a la restauración efectuada, cuya alta calidad es indudable, hemos constatado que primordialmente se ha basado en la sustitución de las balaustradas cerámicas, prácticamente en su totalidad, por otros balaustres similares a los originales. Estos, los primitivos, tenían una forma procedente del torno de alfarero o de marmolista, igual a los que ahora se han colocado pero con unas proporciones casi idénticas a los antiguos. Esto puede producir en el espectador que conserva el recuerdo de lo que había una cierta y extraña sensación. Claro que ya es difícil encontrar espectadores que recuerden su forma original. Esperemos que esta vez el mortero de relleno tenga un coeficiente de dilatación cercano a cero y que los hierros de la armadura de cada uno de ellos hayan sido de acero inoxidable.

Nos queda por preguntar dónde están las decenas de balaustres que no estaban rotos y que podían haber servido para su reutilización.

También recordamos que la sección del pasamanos que corona la balaustrada tampoco es igual a la original, pero la razón de tal cambio tampoco la entendemos y con ello no queremos bajar la calidad de lo ejecutado recientemente, sino simplemente averiguar o poner en evidencia el motivo del cambio.

Los peldaños de los puentes y las solerías que están en el acerado perimetral interno han sido perfectamente reconstruidos

No es necesario insistir en que la Plaza de España de la Expo del 29 se ha convertido en un símbolo de la Sevilla actual, de igual forma que la Plaza de América con sus tres pabellones, al Norte el mudéjar, al Sur. el del

Renacimiento. de estilo plateresco, y en el centro y hacia el Este, el Pabellón Real de un gótico florido, sede del urbanismo municipal durante muchos años. En general toda la Expo del 29 se convirtió en algo urbano de una gran calidad arquitectónica y paisajística. De igual manera, las glorietas del Parque de María Luisa ayudaron a que el paisaje se haya integrado en un conjunto extremadamente bello.

Todo lo escrito hasta ahora es lo que un turista normal contempla en su visita a la Plaza de España, es decir, su exterior. Hay otros que incluso salen a contemplar la fachada posterior a través de las cuatro puertas o amplios pasadizos escalonados que salvan el desnivel existente entre la vía exterior de circunvalación y el paseo cubierto interior, desde el cual se pueden ver sus artesonados y las escaleras que conducen a las plantas donde se ubican los organismos oficiales, los cuales se pueden visitar con facilidad; pero hay que aclarar que si bien, en principio, eran oficinas toscas, por no decir rudimentarias, en los tiempos actuales han cobrado una dignidad correspondiente a la importancia que merecen: mármoles, en paramentos y pavimentos, mamparas de cristal, aire acondicionado y carpinterías adecuadas. La instalación de ascensores alivia la utilización de escaleras, desde la planta de sótano hasta las tres plantas por encima de la más baja. Es decir, las dignísimas escaleras imperiales con mamperlanes de madera y azulejos en huellas y tabicas, que se rematan con otros azulejos decorados a la cuerda y pintados a mano, ya no son utilizadas mas que por turistas que acaban asomándose a los balcones, desde los cuales el panorama adquiere una belleza difícil de igualar.

Todo lo anteriormente señalado, tiene una excepción: la zona central.

Con atrios anteriores y posteriores, dotados de columnatas. su acceso puede ser dificultoso para los visitantes, porque tiene una utilización militar, pero siempre se ha mantenido con dignidad. Quizás por ello, ha sido motivo de su conversión en ciertas ocasiones en escenario de algunas películas, con argumentos orientales. Si bien hay que señalar que la arquitectura árabe-oriental, nada tiene que ver con la plaza que comentamos, cuya clasificación se basa en el criterio de su autor, el ya citado Aníbal González

En todo el recinto, las columnas son cilíndricas y de mármol blanco, los pavimentos de barro cocido y vidriado con olambrellas diferentes en cada área y las carpinterías de madera barnizadas en tonos marrón oscuro. Es decir, puro estilo sevillano, procedente de los criterios de una generación de arquitectos que no tuvo inconveniente en diseñar edificios con formas y acabados que poco tienen que ver con la arquitectura norteafricana o del medio oriente. Es, simplemente, la de Andalucía y de la primera mitad del siglo XX

Por el interior, el ladrillo es rojizo y por el exterior, como ya se ha indicado, tiene cierto tono amarillento y verdoso.

Las dos torres, de un diseño perfecto, están sustentadas por una estructura de hierro, cuyo autor, un ingeniero vasco, que vino a Sevilla para calcular las estructuras de la Expo del 29 y que el que esto escribe tuvo el placer de conocer, el único comentario que nos hizo sobre dichas torres, fue que si se tiraran al aire caerían siempre de pié. Nunca supo el abajo firmante cual era la intención del autor de los cálculos. Que si el centro de gravedad era muy bajo y hubiera sido mejor que estuviera a más altura o que, precisamente, la esbeltez de ambas torres se debía a la situación de su centro de gravedad.

Sigue siendo una incógnita aquella opinión, que, casualmente, la ha oído, el que suscribe, a varios técnicos, también hace muchos años, contemporáneos con el ya citado.

Creemos que las torres son de un diseño difícil de mejorar. Y es opinión del que escribe que se igualan en calidad a una obra menor, en tamaño, del mismo autor, como es la capilla de la Virgen del Carmen con dos cuerpos esbeltísimos, al menos uno de ellos, situada sobre el puente de Triana y conocida, con el apodo, muy al modo sevillano, como "el mechero" (de yesca y mecha) Resumiendo, la "arquitectura sevillana" de la primera mitad del siglo XX, se caracteriza por la utilización del ladrillo rojizo visto, es decir, con una cierta cochura, las incrustaciones en las fachadas de elementos escultóricos de barro cocido, como plafones y capiteles, aderezados con azulejos pintados a mano, en zócalos y pilastras, y recordamos en estos menesteres a la trianera Cerámica Montalbán y al escultor García Ortiz, heredero del taller que ejecutó las piezas decorativas de la Expo y que aun conserva los moldes de las cerámicas que se instalaron en numerosos edificios de aquella época, como el antiguo Coliseo España, de la familia de arquitectos Gómez Millán, varios edificios de la calle Francos y sus aledaños y, aunque sito en Jerez de la Frontera, el Convento de las Reparadoras del último de los arquitectos citados. Y, sin olvidamos de R. Espiau, autor del Hotel Alfonso XIII, antiguo Andalucía Palace y cabeza de una dinastía de arquitectos que, junto con los ya citados, convirtieron la Sevilla pueblerina y desmurallada en una ciudad digna y moderna sin perder el sabor tradicional, creado por ellos mismos. Y, no podemos dejar de citar a D. José Granados de la Vega, y a D. Juan Talavera miembro el primero de ellos de esta Academia, que colaboraron en la ejecución de una Sevilla que supo incorporar de un modo magistral, junto con todos los arquitectos ya citados, la Arquitectura de la Expo del 29 a la forma que hoy día tiene la Sevilla actual.

Como corolario de todo lo antedicho nos vemos obligados a comparar los resultados de la Expo del 29 con los obtenidos como consecuencia de la del 92 en cuanto a su absorción por la ciudad de Sevilla desde los puntos de vista urbanístico y monumental.

Mientras la primera supo efectuar un nuevo concepto de amplitud urbana mediante su incorporación a la ciudad de la zona donde estuvo aposentada, en la última se ha enquistado en algo cerrado en si misma, que, a modo de parque temático aislado, no forma parte del concepto de una ciudad moderna. La razón ha podido estar en que la Expo del 29 se incrustó en el parque de Maria Luisa sin solución de continuidad y lo amplió con el magnifico eje Norte Sur que es el Paseo de la Palmera y todo ello sin tener que ir expresamente al otro lado del río Guadalquivir para ver, lo que queda de la Expo del 92 por muchas oficinas que allí se hayan aposentado.

Es posible que la construcción de la Torre Pelli, llamada así por su diseñador, atraiga a visitantes, no curiosos, que puedan entender lo que fue la ya citada Expo del 92, que en su embocadura se ha asentado

Y, tras este largo paréntesis, volvemos a la arquitectura sevillana e Incluimos en esta descripción, el pabellón de Domecq, de la Expo del 29, sede del Instituto de Meteorología, y luego de las Juventudes Musicales, así como el Pabellón Mudéjar de Aníbal González, como ejemplos de una arquitectura que dejó grandes huellas en Sevilla y definió una época y un estilo arquitectónico inconfundible, que, salvo alguna reciente excepción, no se ha vuelto a repetir.

Ya no queda, pues, arquitectura autóctona sevillana, y, la que se hace, podría ser de cualquier lugar del mundo, como Los Ángeles, Shangai o Dubai, pero en tono menor, en cuanto a su altura nos referimos. Y esperemos que la ya famosa Torre Pelli no sea el germen de una serie de bloques similares en la orilla derecha del Guadalquivir, sin alterar, por su situación, y, obviamente, faltaría mas, el "sky line" de la Sevilla que tiene como centro la Giralda.

Y, para aquellos a los que les agrada los datos curiosos, podemos manifestar que en 1250, la catedral de Beauvais levantaba a 153 metros del pavimento que la rodeaba la aguja de su torre del crucero, lo cual alarmó al Capítulo desde el principio de las obras. La alarma estuvo justificada, porque unos pocos años después, en 1284, colapsó y se vino abajo después de estar doce años en pie. Hay quien dijo que los cuatro pilares que la sustentaban no estaban bien atados, Otros que faltaba el contrarresto de alguna nave del crucero, pero la realidad es que fue óbice para impedir la construcción de otras torres, aunque no tan altas.

Hoy día, la construcción de torres altas ya tiene pocos secretos, porque se está intentando llegar a cerca del Kilómetro de altura en algún emirato de esos que están por el Golfo Pérsico. Hoy día, el problema está en el daño estético que pueden hacer al perfil exterior de la ciudad donde se intenta asentarlas. Sobre todo si pueden llegar a ser muchas y la zona donde se quieren instalar tiene dos mil años de antigüedad.

No la toques mas, que así es la rosa.

Por la Sección de Arquitectura
José Luis García López

